

LOS COCODRILOS

La Manzana Dañada por Alejandro Carrión

Habíamos llegado a un completo acuerdo y el entusiasmo nos ardía en los ojos cada vez que redondeábamos nuestro proyecto. El miedo desaparecía a medida que el deseo se adueñaba de nuestras almas. Iba a ser la gran ocasión de probarnos mutuamente que éramos valientes y si los Queridos Hermanitos no lo llegaban a saber, todo iría sobre ruedas. Nunca como ese año los frutos doblegaron las ramas de los viejos duraznos que se inclinaban sobre las bardas del huerto de la escuela y casi se podían alcanzar desde el patio de juegos. En todos los recreos, sentados sobre el montón de piedras que había al fondo del patio, junto a las tapias, mirábamos con ojos de codicia, ojos que casi eran bocas devoradoras, los duraznos dorados y hacíamos nuestros planes. Y éstos formaban un conjunto perfecto, como la circunferencia de que tanto se hablaba en la clase de geometría:

- La circunferencia es la forma geométrica perfecta.

Pues bien, como una circunferencia: así era de perfecto nuestro pequeño plan. Nos quedaríamos en la escuela, los cuatro, después de la salida de los rangos, la tarde del próximo día lunes. Nos esconderíamos en los excusados y desde allí veríamos el gran patio quedar desierto, con la salida de los cuatrocientos muchachos. Solamente quedaría en él el Querido Hermanito Carlos, atormentando a los niños castigados en la penitencia. Después de un cuarto de hora los mandaría a sus casas y un gran silencio nos envolvería. El patio a esas horas, debería ser muy grande, mucho más grande que la plaza grande. Entonces, sigilosos y osados, abandonaríamos nuestro escondite y saltaríamos la tapia. Aun cuando era probable que no fuera necesario saltarla, pues a esa hora abrirían la puertecita que comunicaba la huerta con el patio de juegos. Subiríamos a los árboles y coger los duraznos sería cosa de un instante. Sería mucho más prudente no comérmolos allí mismo, porque permaneciendo mucho tiempo podrían capturarnos y entonces nos expulsarían de la escuela por ladrones. No, seríamos bien listos, los cogeríamos y, con los bolsillos, reposándose lentamente el alarmado latir del corazón, nos los comeríamos.

- Ese grandote, ese torcido, ese que está a la derecha, te fijas? - ese me lo comeré yo; decía Elio.

Se había metido el debo en la boca y le brillaban los grandes ojos negros, prestos siempre a llenarse de lágrimas. Elio era un llorón.

- Eso será si yo te lo dejo - afirmaba Nico, completamente convencido.

Se le suponía una llamita tras los párpados hinchados, que nunca dejaban ver los ojillos reidores. Su cara blanca, sonrosada, de cachetes redondos, parecía una gran pelota nueva o un globito de carnaval, bien inflado.

Yo tenía mis temores. Estaba seguro de que me iban a coger. Siempre, en toda aventura, yo era el cogido. Una especie de parachoques. Acaso porque no era lo suficientemente valiente. Esta vez, el perro nos delataría.

- Pero si Elio les hace correr a los perros.
- A éste no. Es muy grande.
- Si tienes miedo, no vengas. Nadie te está haciendo fuerza. Sólo que no vayas a contar ... - Me decía Mosquerita, provocándome.

Ah, yo no tenía miedo alguno! Yo era valiente. Quería acordarme la última vez que había sido valiente. Yo iría. Me ardía la cara al pensar que alguna circunstancia imprevista me obligara a quedarme. Y me llenaba de ira la insidiosa idea de Mosquerita, la de que yo pudiera delatarlos. Yo, que era el autor intelectual del proyecto!

- Cuándo he sido adulón? Vos, que le chismiaste lo del tintero de Julio Palacios...

Si. Yo no era, ni había sido, ni sería un adulón. Era muy buen alumno, pero porque tenía mucha facilidad para aprender, no porque fuese un adulón. Mosquerita era un vago y siempre tenía hambre. Yo le daba la mitad del pan de mi café. Una vez me robó un real, haciéndome tumbé, y eso que nos habíamos casado “fuera de la plata”. El, en todo caso, sería el adulón.

- El adulón sois vos...

Se iba a armar la pelea. Nico cortó la cosa dirigiéndose a Elio:

- Oy, y de dónde te sacaron el nombre?

Reímos. Elio se puso muy colorado. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Comprendimos que no sabía de dónde sus papás se habían conseguido ese nombre para ponérselo.

- También me llamo Jorge. Adrede no me quieren decir Jorge - gimoteó.

¤

El lunes de cada semana era costumbre que el Carísimo Hermano Director, que se llamaba Agatón, concurriese a la clase a repartir las libretas de calificaciones. Llegaba con el gran montón debajo del brazo y la chasca en la mano. El Querido Hermanito Benito, nuestro maestro, le cedía su escritorio. Gritábamos:

- Alabado sea Dios, Carísimo Hermano Director.

El Hermano Director siempre era carísimo.

- Cómo comerá! - reflexionaba Nico.

Sentado ya en su escritorio, tocaba la chasca y empezaba a llamarnos.

A los tres primeros les daba medallas, porque eran los que más notas habían conseguido. Las medallas eran de latón, amarilla la primera, plateada la segunda, verdusca la tercera. Se tenía derecho de ostentarlas, prendidas al pecho con una cintita tricolor no muy limpia, y era obligatorio devolverlas después de cinco días. Si uno las perdía, debía pagar por ellas dos sures y cincuenta centavos. Los que no recibían medallas, tenían nota muy bien, bien o regular. A los que les tocaba la nota mala, la que expresaba en la libreta por una horrible palabra, cuyo significado preciso ignorábamos, que se escribía con tinta roja: “deficiente”, les esperaba un triste destino: se los inscribía en el “Cuadro Negro”, en el cual muchos diablos sostenían, entre horrorosas y cómicas contorsiones (era una absurda mezcla de hombres, monos y murciélagos), los espacios para introducir cartoncitos con los nombres de los ociosos. Se les colgaba el cuadro a las espaldas y se las hacía dar un paseo en torno de la clase. Todos hacíamos:

- Chiss...chiss...

Restallaban las eses con ese modo singular que tenemos los lojanos:

- Hablas como culebra - nos decía Elio, que era de Celica.

Además, les pegábamos patadas y algunos hasta los escupían.

Después, sobre los mismos réprobos, venía la melcocha y el retorcer las orejas, que era la parte más linda del día lunes. El Carísimo Hermano Director llamaba a Rafaelito y a Zapater. Eran los únicos a quienes llamaba. A Rafaelito le tomaba de las orejas y lo alzaba hasta la altura del escritorio. Rafaelito se retorció. Entonces, lo dejaba caer, de golpe. Las orejas se le ponían de una curiosa gradación de colores: escarlatas en la parte superior, donde se había ejercido la presión de los poderosos dedos del Hermano, pasaban, por una rica gama de verdes y morados, a un azulenco desaforado en sus lóbulos. Cuando terminaba con Rafaelito, venía el turno de Zapater, de Ramón Zapater. Lo tendía sobre una banca, boca abajo. Las nalgas le temblaban nerviosamente bajo el pantalón muy ceñido, corto, muy corto, que dejaba descubierto medio muslo. Los que habían obtenido los cuatro primeros lugares tenían el privilegio de sujetarle los brazos y las piernas. El Carísimo Hermano Agatón les repartía las extremidades del supliciado:

- A ver, tú, Palacios, la pierna izquierda; tú, Peñaherrera, la derecha; tú Julio Carrión y tú, Bermeo, las manos...

Inmovilizado el réprobo, el Carísimo Hermano Director, del gran bolsillo de su sotana, extraía la melcocha. Antes, en los tiempos del Hermano Fernando, se llamaba la guaba. Fue iniciativa del Hermano Agatón el llamarla melcocha: la más audaz iniciativa tomada por él desde que se hizo cargo de la Dirección de la Escuela. Consistía la melcocha en un látigo largo y muy flexible, hecho de finas vetas bien curtidas, fuertemente trenzadas. La sacaba convertida en un rollo y, con la sonrisa en los labios, gran alegría en los ojos y amplios ademanes, la desenrollaba ante los ojos de Ramón y de la clase entera. Piafaba

de placer. Ramón se retorció como un poseído. Sus gritos eran nuestro mayor placer. Nos metíamos las manos en los bolsillos y saltábamos, embriagados de una extraña alegría. Los labios de los Hermanos se entreabrían, dejando ver los dientes brillantes. Se les escapaban exclamaciones entrecortadas, en francés. Luego, el Carísimo Hermano Director se iba, tras de amenazar a Zapater con otra “pasada de melcocha” si continuaba gritando. Ignoro por qué era siempre él quien tenía que aguantar la cueriza. Creo haber oído decir que el papá, un viejo comerciante de la frontera, establecido en la ciudad desde hacía tiempo y muy rico, lo había contratado al Carísimo Hermano Agatón para que le diera a Ramón una cueriza por semana. Muchas veces el muchacho obtenía buenas notas, pero la cueriza no faltaba. Siempre me extrañó el que Ramón no faltara los lunes, sabiendo, como sabía, lo que le esperaba. Después, me ha asaltado la vaga sospecha de que le gustaba recibir la puntual cueriza semanal. En cuanto a Rafaelito y su martirio, el Hermano lo hacía adrede. Rafaelito era un muchacho aristócrata, huérfano, en manos de desconsiderados parientes, completamente desamparado e idiota. Estaba en la clase quinta desde hacía tres años y no sabía casi ni leer. Simplemente, le gustaba al Carísimo Hermano Director verlo retorcerse, colgado de sus manos y sentir cómo sonaban sus orejas, amenazando trizarse los frágiles cartílagos. Tenía Rafaelito las orejas muy grandes y entiendo que era su excepcional tamaño el que provocaba al Director. Después de oír decir que hay personas que tienen una enfermiza afición a tomarles las orejas a sus prójimos y tirárselas fuertemente. Natural es que, si una de esas personas llega a ser Hermano Director, se aproveche de su poderío para dar rienda suelta a sus inclinaciones.

¤

El lunes tan esperado fue igual a todos los demás. El Carísimo Hermano Director repartió las libretas y, como tuve la suerte de salir tercero, me fue conferido el honor de sujetar la pierna derecha de Ramón durante la cueriza semanal. Todos me envidiaban. Estoy seguro de que el mayor aliciente para el estudio era aquel privilegio de sujetarle las piernas a Zapater mientras lo flagelaban.

Era ya junio, la época en que los días son más largos, pues dura aun la luz a las siete de la noche. El día tenía mucho sol. Estaba muy bien escogido para llevar a cabo nuestro pequeño plan. Nos pasamos las horas de la mañana y las de la tarde conversando sobre él y nuestras voces producían un suave murmullo. La tarde, estuvimos bastante nerviosos. Me trastabilló la voz al recitar mi lección de geografía y fracasé completamente en el cálculo mental. Me puse furiosos al oírle decir a Nico:

- Estas lleno de miedo.

Me contenté con sacarle la lengua. Ya verían cómo no era yo, “sino otros”, los que tenían miedo. Pero en cambio, estaba seguro de que nos iban a coger. El perro ladraría. Ciertamente Elio no le dejaría acercarse. Se echaría la chaqueta de dril amarillo sobre la cabeza y correría hacia él con los brazos levantados, dando tremendos gritos y desacompañados saltos. El perro huiría, como huían todos los perros. En esto Elio no fallaba nunca. Pero ladraría, se oírían los gritos de Elio, y seríamos descubiertos por los Queridos Hermanos.

A las cinco y tres cuartos comenzamos a rezar. Nos arrodillamos sobre las bancas y recitamos el diezmo de rosario de reglamento. Cuando todos gritaban:

- Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío... nos escapamos. Salimos corriendo, sin llevar las talegas (primer grave error) y atravesamos el patio a la máxima velocidad de nuestras pequeñas piernas. Nos metimos en los excusados y comenzamos a mirar por la abras de las puertas. Salieron los muchachos y se formaron en tantos rangos como barrios hay en la ciudad: el del Aguacate, el de la Carnicería, el de la Calle Nueva, el de la Plaza, el de San Francisco, el del Pedestal y el de San Sebastián. El Carísimo Hermano Director leyó la lista de los que se quedaban “en la penitencia” y, después de hacerlos alinear en el corredor, a la vista de toda la escuela, los entregó al Querido Hermano Carlos, un francés enorme, cuadrada la quijada, famosos por su ferocidad. Enseguida salieron a la calle los rangos, custodiados por sus monitores. A mí, se me saltaba el corazón. No, no era el miedo. Era la seguridad de que nos iban a coger. El patio quedó desierto. El Hermano Carlos hizo formar a los muchachos castigados y les ordenó que trotasen formando un círculo en torno de la palmera que había en mitad del patio. Se colocó a un lado, con una gran regla de madera en la mano. Siempre que un chico pasaba frente de él, se la descargaba en la cabeza con singular fuerza y puntería. Reía, dejando escapar esos grititos entrecortados en francés que yo tanto conocía:

- Vualá, vualá - gritaba.

Y saltaba. Poco a poco se fueron cansando los muchachos. Cuando se desmayaron algunos sacó una gran botella del bolsillo de la sotana y mojando el pañuelo en su líquido misterioso, les fue, con maternal cariño y solicitud, humedeciendo las sienas sudorosas. Cuando volvieron en su sentido les advirtió que, si contaban en casa lo sucedido, los volvería a castigar. Luego les dio libertad.

Entonces todos los Hermanos salieron de la capilla, solemnes y “queridos”, y se agruparon en varios círculos. Hablaban en francés y reían. Yo estaba seguro que se reían de nosotros, los pobres muchachos de la escuela. Me fue invadiendo una extraña alegría. La alegría del que sorprende la vida íntima de su vecino, o la del gran hombre al que tanto ha admirado, el gran hombre al que se ha visto solamente de chaqué y sombrero de copa. Porque, como si se hubiera realizado un imposible, sabía cómo era la escuela cuando nosotros no estábamos ahí...

Poco a poco los Hermanos disolvieron sus grupos y se dirigieron a la huerta. Era el camino obligado a la cocina, donde todos comían. Pasaron por la puertecita que daba al patio, la que siempre habíamos visto cerrada. La dejaron abierta (tal como estaba previsto en nuestro plan) y sus voces de gringos se fueron apagando lentamente,

conforme se alejaban. El sol de los venados comenzó a amarillar en los cerros de enfrente: eran las seis y media. Me ahogaba el sucio olor del excusado. Saqué la cabeza sigilosamente por la puerta entreabierta y vi a Mosquerita, que ya había salido y estaba agazapado – “aprovechando del terreno”, como nos decían los instructores militares- contra el tronco de la gran palmera central. Junto a ella, con los ojos desorbitados, mudo y pálido, miraba consumarse sin remedio un hecho tremendo, con el que ninguno de nosotros había contado. No, no era perfecto nuestro plan.

- La circunferencia es la figura geométrica perfecta.

No, no era como una circunferencia nuestro pequeño plan. Nico y Elio salieron después y se tornaron pálidos, como Mosquerita estaba cuando yo lo encontré. Como estaba yo después de haberlo encontrado. Nuestros pequeños corazones latían asustados, en acorde exactamente igual. Sentíamos frío y ya no deseábamos comernos los duraznos.

Lo terrible que estaba sucediendo en forma irremediable, era que el portero cerraba con llave la única puerta de la escuela que daba a la calle. Lo miramos, llenos de ansiedad, cruzar lentamente el patio y entrar a la huerta. Tampoco cerró la puertecita. Buscamos, desesperadamente, otra salida. Todas las paredes que rodeaban la huerta eran muy altas. Sus bordes estaban sembrados de vidrios cortantes, de botellas rotas. Tras ellas se veían grandes árboles de eucalipto y algunos cipreses, verdes, descoloridos por la luz anaranjada del sol de los venados.

- Arreboles amarillos, ni quesos ni quesillos.

- Qué dices, animal?- interrumpió Elio, con su acostumbrada finura.

Vi como el miedo le llenaba de lágrimas los ojos.

- Por dónde saldremos? - les dije.

- Han visto qué pregunta! - se admiró Nico.

Pero insistí:

- Por dónde saldremos? Está cerrada la puerta.

- Nos quedaremos a dormir aquí - dijo Mosquerita-. Nos acurrucaremos tras la grada, quizás hayan dejado abierto el cuarto oscuro.

Me estremecí. El cuarto oscuro era el máximo terror. Dormiríamos en el cuarto oscuro.

- La cuadra de al lado es de tus primos, no cierto? - me preguntó Nico.

- Sí, pero no se puede saltar la tapia. Es alta y tiene vidrios encima.

- Haremos la prueba - dijo Elio.

Vi que lloraba. El lloraba siempre, cuando tenía miedo, cuando estaba alegre, cuando tenía hambre....

Elio era un llorón.

- Bueno, vamos a los duraznos. Después pensaremos cómo salir - dijo Nico, que era hombre práctico.

- Qué duraznos? - pregunté.

- Idiota! Han visto qué idiota! - Exclamó Nico. Pero los otros también se habían olvidado de los duraznos.

- Yo ya no tengo ganas - confesó Elio.

- Maricones, se están miando de miedo.- nos provocó Mosquerita. Nico exhaló un ajo.

- No digas malas palabras - le aconsejé. (Nunca está demás un buen consejo, nos había dicho el Querido Hermanito. Yo seguía sus enseñanzas). Nos metimos en la huerta. Aun hoy recuerdo cómo estaba de alocado mi corazón en su latir. Nunca olvidaré el gran temor que tuve.

□

Comenzaba ya oscurecer, porque debía ser muy cerca de las siete de la noche. Las hojas de los árboles se movían produciendo un extraño rumor que llenaba la huerta. Estaba lleno de temor: era la primera ocasión que entraba en ella: un temor lleno de curiosidad, a su vez. Todas las paredes circundantes tenían sus lomos sembrados de vidrios de botella. Nadie las podría saltar. Zumbaban millares de abejas; al fondo se veían las colmenas blancas, alineadas en calles de un peligroso pueblecillo. Vi a Elio estremecerse, llorando a lágrima viva. Al verlo, me animé a llorar también y sentí un grande alivio.

- Yo no quiero comer duraznos - dije entre "jipidos". Se me entrecortaba la voz.

- ¿Qué quieres entonces, maricón? - me insultó Mosquerita.

- Quiero irme a mi casa - dije, resueltamente.

Todos querían lo mismo. Les conocí el deseo de irse, ardiendo en los ojos. Todos, hasta Mosquerita.

- Ya que estamos en éstas, siquiera nos comeremos los duraznos - saltó el sentido práctico de Nico.

- Yo no quiero duraznos... - lloró Elio.

Mosquerita se subió al árbol más cercano y comenzó a llenarse los bolsillos.

- Mejor, me los comeré todos - gritó-

- No grites, van a oírnos - le dije.

Y me precipité hacia el árbol. Me siguieron Elio y Nico. Comenzamos a cosechar con prisa febril. Nuestros bolsillos se llenaban en milagrosa forma. La fragancia exquisita de las frutas doradas nos envolvía. Habían muchos más duraznos de los que creíamos. Nos comenzó a pasar el miedo. Yo me olvidé de que era imposible salir de la escuela.

- ¡Como será estar presos! - le oí decir a Elio. Me asusté al ver cuánto miedo tenía.

Oí que el perro comenzaba a ladrar. Enseguida hizo su aparición. Seguramente había estado en la cocina y por eso no había sentido nuestra presencia. Me estremecí. Comprendimos que nuestro plan había estado muy mal hecho.

- La circunferencia es la figura geométrica perfecta - dije.

- ¿Estás loco, idiota? - se alarmó Nico.

El perro era enorme. Se le temblaba la piel zhalzhunga y le veíamos agitar locamente la cola. Le brillaban los dientes.

- Tal como el Hermano Director - dije.

Nico ya no me insultó. Temblábamos. A Mosquerita se le cayó un durazno.

El perro se enfureció más.

- Pishito... pishito... - le decía Nico, tratando de calmarlos.

- Haz algo, Elio - pedí.

- No puedo. Desde el árbol no puedo asustarlo. Era verdad. No podía lanzarse contra él, con la chaqueta sobre la cabeza, agitando desafortunadamente los brazos, gritando a voz en cuello. Además, nos hubieran oído.

- Dormiremos sobre el árbol - dijo Mosquerita.

- Ya vienen los Hermanos - dijo Nico.

Se me atragantó la voz. El perro había apoyado sus patas delanteras contra el árbol, tratando de alcanzarnos.

- Nos cogerá.. nos cogerá...- decía Elio, ya en el paroxismo del terror.

- ¿Y ahora, qué hacemos? - pregunté.

- Botarnos y correr - me contestó Mosquerita.

Pero no se atrevió ni él mismo. Yo estaba paralizado. Legaron todos los Hermanos, con el Director a la cabeza. Eran doce. Venían también el cocinero, el portero y dos criados. Se pararon bajo el árbol, dispuestos en círculo y alzaron las cabezas. Yo cerré los ojos.

- ¡A bajarse! ¡A bajarse! - gritó el Carísimo Hermano Director.

Habían sujetado al perro.

-Se llama Nerón - me acordé. Me acordé también que Nerón había sido un rey muy malo, que había quemado a Roma. No nos atrevíamos a bajar. Me daba escalofrío. Un sudor pegajoso me bajaba hasta los ojos.

- Las cejas son para evitar que el sudor entre en los ojos - murmuré. Nico fue el primero en bajar. Tenía la cabeza gacha y en la semioscuridad se veían llamear sus cachetes redondos. Yo fui el último en poner en tierra mis pies temblorosos. Tan pronto estuve en el suelo cogí los duraznos que tenía en los bolsillos y se los entregué al Hermano Benito.

Todos hicieron lo mismo.

- Vengan conmigo- dijo el Hermano Director.

Lo seguimos. Los demás Hermanos se dirigieron a la cocina. El Hermano Carlos nos tomó de la mano a Mosquerita y a mí.

- ¿Con que ladroncitos, eh? - iba diciendo el Hermano Agatón, mientras caminábamos.

- Hay que componerlos - dijo el Hermano Carlos.

Demasiado sabía yo cómo nos compondrían.

Nos llevaron a la Procura. Yo tiritaba y las piernas se me enredaban al andar. Tenía la garganta seca. Ya en el salón de la Procura, el Carísimo Hermano Agatón nos dejó en poder del Hermano Carlos y se metió a la salita interior llevándose a Nico.

Lo oímos gritar. Fué aquello muy largo. Los latigazos no eran seguidos: mediaba entre ellos un espacio de sollozos. Se oía caer el látigo con un sonido seco, nítido. Y en el momento en que el látigo caía, el muchacho callaba. Conté doce latigazos sobre Nico. Luego, un silencio más grande, los sollozos del niño y la voz del Hermano Agatón llamando a Mosquerita. Así, durante un cuarto de hora lento, cruel, mortal. Fue llamado Elio. Yo temblaba. Sentía cómo pesaban sobre mí esos sollozos, esos latigazos precisos, esa soledad y, sobre todo, la mirada del Hermano Carlos, mi guardián. Los otros no salían.

- A los ladrones hay que quemarles las manos. Con cáscaras de huevo, caldeadas -.

Había oído decir algo así a una vieja criada de mi casa. Se me movieron los labios.

- ¿Qué quieres decir? - me preguntó mi guardián.
- Nada... nada...-logré articular, a través de mi garganta seca.
- No ... algo me querías decir... - insistió mi carcelero...

En ese momento llegó la voz del Hermano Agatón llamándome. Estaba seguramente muy excitado: la voz sonaba gozosa, juvenil. Era la voz de un hombre en pleno goce de su mejor placer.

⌘

Me flaquearon las piernas cuando entré la saloncito. Temí desmayarme, en esa ocasión, la única que me quedaba para mostrar que era valiente. Quise llorar, arrodillarme ante el Hermano pidiéndole perdón. Quise ofrecer que mi papá pagaría los duraznos robados. Pero cuando levanté -con tremendo trabajo, pues me pesaban mis párpados de plomo- los ojos para mirar al Hermano Director, le vi una cara tan feroz, tan implacable y alegremente feroz, ancha, rosada, cruel, que comprendí que nunca podría perdonar, que no podría privarse del placer de azotarme, del placer de oír caer el látigo, de oír su golpe seco sobre mi cuerpo desnudo, mi débil cuerpo de muchacho de ocho años. Y no pude pedirle perdón, no, no pude. Recuerdo que me mordí los labios hasta hacerme sangre.

- Acérquese, amiguito- me dijo con una voz melosa. Y sonreía.

El látigo estaba, impaciente, en su mano derecha.

No me moví. No podía moverme. Volví mi cabeza hacia la puerta y nació en mí, fuerte, preciso, incontenible, el impulso de correr hacia afuera, hacia la libertad, hacia la calma, lejos de ese horrible humillante suplicio. De no dejarme desnudar, de no dejarme azotar, de no gemir y sollozar bajo el látigo de ese enorme gringo vestido de sotana. El Hermano Carlos, desde el umbral, se frotaba las manos con visible satisfacción. Mis compañeros estaban arrinconados sorbiéndose las últimas lágrimas mientras se ataban los pantalones.

Parecían humildes perritos recién castigados. Los ojos, húmedos, no tenían el alegre brillo de pocos instantes atrás.

- ¿No me has oído? ¡Acércate!- gritó mi verdugo.

No me moví. Se acercó a cogerme. Tuve en ese minuto la firme resolución de no dejarme pegar. En mi casa, ni mamá ni papá me habían pegado jamás. Ni siquiera con al mano, mucho menos con un látigo, como ese terrible látigo impaciente que vibraba en su mano. No iba a ser allí, allí donde me diesen látigo. Me rebelé. Sentí, imperiosa, la necesidad de luchar, de defenderme del monstruo. Se me quitó el miedo y me creció una rabia sorda, sin lágrimas. El Hermano Director comprendió y gozaba con la lucha en perspectiva. Se me acercó. Gritaba en francés. Me tomó de la mano, dándome un fuerte tirón. Yo me agaché, rapidísimo, y le mordí la mano, su gran mano rubicunda y fornida. Me soltó. Mi agresión era de todo punto inesperada. Libre ya, me volví. Me sentí ágil. Toda la debilidad anterior, que me inmovilizaba, desapareció. Di un empujón al Hermano Carlos, que estaba estupefacto, y salí al patio. Tras de mí se lanzaron, repuestos de su sorpresa, los dos energúmenos. Mis compañeros estaban parados en al puerta. En sus caritas llorosas se adivinaba el asombro. Corrí con todas mis fuerzas, sintiendo cómo los dos gringos se me acercaban, Oía el rozar de sus sotanas y su respiración agitada. Empecé a hacer zig-zags porque me acordé de que cuando un cocodrilo sigue a un hombre, éste no debe correr en línea recta. Sentí sus ojos llameantes, quemándome el cuello, tras de mí. Estaba oscuro. Me seguían dos cocodrilos. Gritaban, como siempre, en francés, con una voz acesante. Yo me tropecé. Perdí el equilibrio y me fui e bruces contra la tierra. Antes de que pudiera levantarme, un pie enorme, con punta de acero, me dio en medio de la frente. Después, vagamente, sentí puntapiés, latigazos, gritos. Luego, nada...

Cuando volví a abrir los ojos, el Hermano Director había desaparecido. El otro, con una extraña dulzura, me restañaba la frente, herida. Mis tres compañeros, pálidos, me rodeaban. Elio lloraba dulcemente. La luz eléctrica ardía a lo largo del corredor, en una extraña hilera de focos. Me ordenó el otrora mi verdugo y hoy mi enfermero, que dijera en la casa que la herida de la frente me la había hecho al caer mientras jugaba en el recreo. Si alguno de los cuatro suplicados esa tarde contábamos en casa lo que nos había sucedido, nos expulsarían de la escuela. Debíamos quedar agradecidos de que no se denunciara públicamente el hecho de que éramos unos miserables ladrones.

¤

Al día siguiente nos retuvieron largo rato en la penitencia. Todos se admiraron de mi cara aun pálida y del gran trozo de esparadrapo adherido a mi frente. Durante la hora del castigo vespertino no se nos impuso violencia física alguna. Simplemente, se nos hizo escribir mil veces seguidas la conjugación del futuro del indicativo de este verbo espantoso:

Yo no robaré a los Hermanitos.

Tu no robarás a los Hermanitos.

El no robará a los Hermanitos.

Nosotros no robaremos a los Hermanitos.

Vosotros no robaréis a los Hermanitos.
Ellos no robarán a los Hermanitos.

Quito, Junio de 1936